

El Héroe según Gracián*

PAUL HAZARD

Cuando el cortesano italiano se retiró después de haber desempeñado su papel de maestro y de guía, le sucedió el *Honnête homme*. A un generación todavía tumultuosa, le había dado lecciones de cordura (*sagesse*) que se habían puesto en práctica: cómo había que aceptar el orden religioso, político o social que, después de numerosas experiencias y dificultades, parecía ser el mejor; cómo debía cada cual instalarse en él sin conmociones, sin rebeldías, para que todos fueran dichosos, o al menos estuvieran contentos. Estaba hecho de contrastes, pero tan hábilmente ajustados que acababa mostrando una armonía perfecta: hay así una conciliación entre la sabiduría antigua y las virtudes cristianas, entre las exigencias del pensamiento y las de la vida, entre el alma y el cuerpo, y entre lo cotidiano y lo sublime. El enseñaba la cortesía, virtud difícil que consiste en agradar a los demás para gustarse a sí mismo; afirmaba que había que evitar los excesos, incluso en el bien, y no presumir de nada, salvo de honor. Se formaba mediante una disciplina permanente y una voluntad vigilante: es empresa difícil impedir que el Yo se desborde, forzarlo a que no valga más que como parte de un valor común. Una obligación tal requiere un heroísmo discreto; el *Honnête homme* parece estar lleno de gracia sólo porque regula su fuerza interior y la prodiga en armonías.

Hacia finales del siglo, su imagen todavía brillaba; aún había personas que la contemplaban con devoción y que la presentaban como modelo a los jóvenes. Algunos tratadistas explotaban el éxito de sus predecesores y prodigaban consejos más que sabidos. Por ejemplo: al *Honnête homme* le agrada estar acompañado y lo procura gustoso; juzga correctamente las obras del espíritu y no habla de ellas ni por disposición ni por criticar ni por envidia...

Consejos anticuados, viejas cantinelas. En definitiva, casi todos los principios que constituían la filosofía de la *honnêteté* se han desmoronado; la hermosa estatua cae hecha pedazos.

El *Honnête homme* ha sido despojado de su rango: es necesario otro modelo para dirigir la vida.

* «Le Héros selon Gracián», *Les Nouvelles Littéraires*, París, 1935, sábado 12 de enero, Año XIII, n.º 639.

* * *

España propuso uno; es una sorpresa y tanto más notable cuanto que el Héroe español no era una creación reciente y parecía resucitar. El P. Baltasar Gracián, de la Compañía de Jesús, había publicado en 1637 *El Héroe*; en 1640, *El Político*; en 1646, *El Discreto*; en 1647, *El Oráculo manual*; en 1651, 1653, 1657, *El Criticón*; obras todas ellas consagradas a estudiar al hombre y a formar, con los rasgos escogidos, un modelo a imitar; pero que según las leyes al uso, y de manera especial en una época en que las ideas se precipitaban, tendrían que haberse pasado de moda. ¿Por qué hacia el final del siglo XVII fue Baltasar Gracián tan profusamente traducido y tan sumamente celebrado? No era ningún desconocido; pero pasaba, en el ocaso de su vida, de una penumbra que le era propicia al resplandor de las grandes glorias. Quizá fue por una traducción francesa de estilo noble y resuelto, la de Amelot de la Houssaye en 1684, que, sin tener todo el valor del original, le dio en compensación al aire europeo que le faltaba. Quizá porque la Compañía de Jesús, olvidando las disputas que había tenido con el autor, contribuyó por su parte a ese éxito póstumo. Quizá porque existía un vasto público al que no satisfacían las nuevas tendencias y que encontraba amargos los alimentos terrenales; siempre hay, como dirá Stendhal, españolismo en los corazones. O quizá por motivos desconocidos: no se puede explicar todo.

EL HEROE
DE
LORENZO
GRACIAN
INFANZON.

*En esta Segunda Impresión
nuevamente corregido.*



CON LICENCIA,

En Madrid, Por Diego Diaz,
Año M, DC, XXXIX.

* * *

El hecho es que desde 1685 hasta 1716 contamos, sólo en Francia, con una quincena de traducciones de Gracián. Alemania se entusiasma con el moralista español. En Inglaterra, en Italia y en todas partes se le honra.

El hombre ideal, si se quiere, no se conforma con una mezcla de cualidades medianas: las virtudes mediocres, aun siendo muchas, no conducen sino a la mediocridad. Una ambición más elevada le ensalza, pues quiere sobresalir en lo grande. Provisto de una inteligencia eminente, de un juicio sólido y seguro, de un espíritu entusiasta; ardiente de pasión (¿qué importa la inteligencia si el corazón no responde?); entregándose a su capacidad dominante y confiado también, por intuición, en los designios de la Fortuna, que ama a quienes la violentan; proponiéndose los ejemplos más sublimes para cada momento, más para superarlos que para equipararse a ellos: el hombre ideal es aquel que se esfuerza por llegar a ser el Primero y el Único. Es necesario para ello que sea reservado, misterioso, capaz de esperar a que llegue su hora e incluso de disimular su juego: es muy importante revelarse sólo gradualmente para provocar siempre ante el vulgo el asombro de una fuerza que parece inagotable. El Héroe es estoico en el sufrimiento y estoico en las humillaciones: la única humillación verdadera es la que tendría que infligirse a sí mismo, ante el tribunal de su conciencia, si llegara a desmerecer ante sus ojos. El triunfo no es un fin; el dominio del mundo sólo es un medio: el Héroe ofrece a Dios su Yo victorioso y soberbio; confiere a la Religión el imperio moral que ha conquistado. Hábil —hasta para practicar «una santa astucia»— e ingenuamente orgulloso; conocedor profundo de la verdad del corazón humano y novelesco; práctico y ávido de belleza ideal; apasionado, arrogante, devoto y amante de la dificultad por lo que tiene de áspera y dura; es admirable, brillante y contradictorio: así es el retrato que nos pintan. El *Honnête homme*, creado para encajar con los paisajes discretos, suaves y grises de la Isla de Francia, se nos presenta al compararlo desdibujado: el Héroe pide el mismo sol que quemaba a Don Quijote y creaba ante él el espejismo de la justicia, la bondad y el amor en los caminos de Castilla.

Agradó a Europa, pero por poco tiempo. Podía considerar a Gracián con curiosidad y con simpatía; leer sus libros y encontra en ellos instrucción y deleite pero no podía tomarle como guía. Era demasiado tarde. Su decisión estaba tomada, no volvería atrás. Si el *Honnête homme* ya no le satisfacía, ¿cómo iba a seguir las huellas de un Héroe mucho menos secularizado aún?

Traducción de Alfonso Moraleja
revisada por Enrique López Castellón.